



## De la Cueva de los Griegos y la Similla del Val

Antonio Virtudes Segarra

Es tanta la humedad que las pisadas de mi bota son contra el musgo. No hay suelo de tierra sino alfombrado de mullido musgo. Las ramas de la jara y de los helechos que nos rodean albergan minúsculas gotitas de agua que se me adhieren a la ropa según avanzo, consecuencia de la tormenta matutina que ha debido caer. Ya veo al final esa pequeña depresión, a modo de una mini torca en su fase inicial, y allí, entre dos bloques de roca, la entrada a la negra Cueva de los Griegos en el monte de Masegosa, en la sierra norte de Cuenca. Una puerta metálica de rejillas siempre abierta nos indica que esa es la cueva. Por suerte es una cavidad de techos muy altos que no requiere de casco, pero si es cierto que es conveniente ir con alguien que la conozca, y muy atentos al suelo plagado de piedras de mil tamaños, donde un trapiés será con seguridad un recuerdo doloroso, cuando no un infortunio de más gravedad.

Ya estamos dentro de la Cueva de los Griegos. Hemos descendido unos cuantos metros por una parte cómoda, y estamos atravesando la zona de estalagmitas para coger esa gran galería que nos lleva al final de la misma, algo más técnica y no tan cómoda. El color negruzco de la cueva más ese caos de rocas y espeleotemas por todos los lados es muy peculiar y ciertamente bello. Cuando llegamos a ese final abrupto de la cueva, con un paso que requiere un destrepe algo técnico, con una anaranjada pared donde ya no continúa más, por raro que pueda parecer, vemos lo que no quisiéramos ver.

Unas horribles y chabacanas pintadas afean, y dañan —porque esto va más allá del feo— la cueva. Estas pintadas son agresiones violentas contra un ecosistema natural que lleva milenios actuando en consonancia con la naturaleza. Las pintadas son un fiel reflejo de la estulticia humana, unos burdos nombres, con unos «*te quiero*» al lado, unas fechas, unas palabras huecas, sin sentido alguno. De verdad, ¿alguien ha llegado hasta aquí para pintar que está enamorado de fulanita? Más que una declaración de amor es de ignorancia y mala educación, de grosería y de zafiedad. Además, para ahondar en el daño, aquello está hecho con pintura de brocha, de la que se ve y duele, de la que no se va. ¿Dónde quedaron esos graffitis mínimos, dibujados con esmero, letra delicada, como ese «*muera la Constitución, 1830*» hechos en un trozo pequeño de lapis specularis, visto la cueva de Pozolacueva, mina de espejuelo romano de Torralba? Y no me digan que es lo mismo porque no lo es.

Cuanta tristeza me embarga cuando contemplo estas pintadas en el final de la galería de esta cueva tan hermosa. Salgo de la cueva cabizbajo, y dándole vueltas al lamentable asunto.

Ya sé que antes no había esa conciencia de haber hecho una tropelía medioambiental, pero eso no les excusa de un comportamiento tan nocivo, tan desintegrador. La ignorancia, la educación, el «*eran otros tiempos*» no disculpa la actuación u omisión de acción de nuestros ancestros, incluso de nosotros mismos no hace tanto tiempo.

En todo caso, sirva este ejemplo para poneros en antecedentes de la mala praxis que ha existido desde hace muchos años con las cuevas, y como esa interrelación entre el hombre y el mundo subterráneo no ha sido la deseable, y nos deja en evidencia.

Pero siempre hay excepciones.

Cuando encuentras una aguja en un pajar siempre entra una alegría equiparable a la que tuvo que sentir Arquímedes cuando proclamó a los cuatro vientos su célebre ¡Eureka!

Eso me sucedió cuando volví a encontrar la Cueva de la Similla del Val después de 13 años de haber estado la primera vez en la que me llevó mi mujer, a quién a su vez, se la había enseñado un pastor de Poyatos, estando de acampada con los amigos. La vasta Muela del Rebollar dibuja y desdibuja a su antojo la agreste piel de su suelo y el avance de los años moldea la muela, haciéndola distinta a mis ojos, tiempo después. Eso fue lo que me hizo no encontrarla en dos ocasiones que fui anteriormente, hasta que a la tercera fue la vencida, y en un inesperado golpe de suerte, la encontré, donde había estado

## Relatos: De la Cueva de los Griegos y la Similla del Val

siempre, pero la vegetación de los alrededores era mayor, asunto que había hecho que esta cavidad jugará al despiste conmigo.

La gruta en sí, enclavada en el término de Santa M<sup>a</sup> del Val, comienza sin apenas agacharse para sentir el frescor cavernario, pero si quieres entrar en sus entrañas, tiene un paso que hay casi tumbarse, cosa que haría que en el hipotético e imposible caso que la cueva fuera accesible y conocida mucha gente no se atreviera a pegar la espalda al suelo y arrastrarse como una lagartija durante un tramo de unos 4 metros.



Nada más levantarte y ponerte de pie el milagro empieza a mostrar sus primeras manifestaciones y nuestro cuerpo a flor de piel se pone a captar sensaciones. Lo primero y común a todas las cuevas es el silencio, el brutal silencio del mundo subterráneo. La oscuridad que lleva aparejada este silencio la desgarraremos con la penetrante luz de nuestros frontales. No es una cueva de techos grandes por lo que nuestras luces son herramienta suficiente, y aunque el nombre de la cavidad sea Similla, remitiéndonos a sima o cueva vertical, realmente es una cueva horizontal donde no es necesario cuerda y arnés. La exploración más a fondo de la cavidad requiere de casco, mono, pericia y paciencia espeleológica.

Avanzamos por un pasillo corto hasta que llegamos a una sala donde, de repente, el más nítido de los sonidos desgarrá exacerbadamente el silencio. Al principio no sabemos qué pasa, no identificamos ese ruido pero rápidamente nuestro cerebro hace criba y reconocemos al momento un goteo de agua constante, con una cadencia embrujadora. Como aún no vemos de donde viene ese goteo

avanzamos buscando el origen de ese peculiar ruido, sin saber qué imaginarnos todavía.

De repente, nuestros frontales iluminan una imagen portentosa, la luz artificial da vida a lo que pertenecía oculto, a este pequeño y elegante estruendo. Lo que se nos muestra delante del haz de luz nos paraliza durante unos segundos y requiere de un escrutinio por nuestra parte bastante severo.



El marco donde está la imagen tendrá un techo como de dos metros, de él cuelga un estalactita gruesa y recia por la que gotea el agua con un intervalo de un par de segundos entre gota y gota. Resalta claramente que este espeleotema está muy vivo, y si gotea así en pleno verano abrasador, no me quiero ni imaginar cómo lo hará en un invierno de nieves y lluvias. En todo caso, el goteo de la estalactita no es

## Relatos: De la Cueva de los Griegos y la Similla del Val

---

contra el suelo o contra una estalagmita que sería lo más normal en el telúrico mundo de las cavernas, sino que se ha modificado adrede por el hombre.

Pueden pensar que todo lo que sea modificación de las condiciones naturales de una cueva es algo incorrecto, no loable, algo que debemos evitar hacer. Y así es la casi totalidad de los casos, pero para mí, este ejemplo que os estoy enseñando entraría en ese casi, exceptuando esta totalidad tan deseable.

El goteo constante de la estalactita es sobre una especie de bloque ahuecado donde el agua queda remansada y almacenada, rebosando del bloque de manera casi imperceptible a nuestros ojos. Dicho bloque tiene la textura y las formas de la calcita que otorga el agua por lo que en un primer momento da por pensar que es un enorme bloque pétreo de la cueva o de fuera incluso que alguien en su día lo ahuecó y lo puso ahí justo para que recogiera el agua de la estalactita. La sorpresa llega cuando uno se agacha para ver aquello lo más cerca posible y comprobar que el bloque ahuecado se mueve con ligereza. ¡Caray! No es roca sino madera. Estamos ante un grueso y corto gamellón de madera que alguien trajo de la superficie y lo metió dentro de la cueva. Nunca me cansaré de contemplar el poder modificador y demiúrgico de las aguas calizas de la serranía.

Un cazo de la resina puesto en uno de los bordes del gamellón nos indica sin duda alguna la finalidad de aquello. Cuando antes, en los breves, pero intensos veranos de la sierra de Cuenca, se alcanzaran temperaturas de canícula extrema y las pocas fuentes y manantiales de la Muela del Rebollar se secaran, los pastores u hombres de campo tendrían aquí una fuente permanente del agua más fresca y cristalina de todo los alrededores.



El ritual sería el siguiente: al entrar en la cueva, el agobiante calor de la muela se empezaría a mitigar con esa temperatura fresca del mundo subterráneo, y la sed quedaría saciada por completo al amorrarse uno al gamellón y dejar que la telúrica agua aplacara el fuego de la sed y el calor. Con el cazo de la resina, llenarían los hombres sus odres o cantimploras para continuar con sus labores cotidianas. Todo tan sencillo como sublime. El hombre en este caso se sirve de la cueva y la modifica en su provecho, pero con total respeto. La Cueva lo reconoce y otorga con generosidad su límpida agua al hombre. Todo rezuma equilibrio y belleza.

Por nuestra parte, también mitigamos la sed bebiendo del gamellón, tocando lo mínimo para no alterar este minúsculo milagro cavernario que lleva allí funcionando incontables años.

Salimos de la cueva con una amplia sonrisa en nuestras caras, diciéndonos qué lugar tan puro y delicado se mantiene allí dentro. Todo esto me hace pensar que aún no está todo perdido irremediablemente. Existe y debemos buscar la salvación en el hombre por difícil que parezca. La Similla del Val es el ejemplo preclaro y definitivo que el hombre puede ayudar a la naturaleza, puede integrarse con ella en perfecta armonía sacándole beneficio y utilidad sin degradarla ni destrozarla.

Debemos dejar atrás la necesidad, la soberbia y nuestra presunta superioridad, perseverar en la humildad y tender a buscar el respeto, el equilibrio y la integración. Tan sencillo como difícil pero factible, perfectamente factible.